

y se consideró perdido si llegaba a ser reconocido por él. Pero todo esto fué instantáneo.

Más rápido aún que el corto tiempo que hemos necesitado para referirlo.

—¡Si llega a sospechar quién soy —pensó Duval interiormente—, mi ruina es segura! Es preciso evitar que examine mis facciones.

Y pretextando ir al encuentro del doctor que atravesaba el puente, volvió el rostro, y se dirigió a la entrada de la capilla.

Al poner el pie fuera de ella, se encontró con Núñez que se disponía a entrar.

Duval se sorprendió al verle; pero luego, como iluminado por una idea satánica y salvadora, sonrió con satisfacción, se acercó a él, le asió de un brazo, y llevándole aparte, le dijo en voz baja y amenazadora:

—Crec que ese hombre me ha conocido, como yo le he conocido a él... Ved cómo le obligáis a guardar silencio, porque a la menor palabra que pronuncie contra mí, Ricardo, el amante de Inés, que gime preso en poder de mis subordinados, el padre de Clotilde dejará de existir. ¡Adiós!

Y se alejó marchando al encuentro de Willey.

Núñez, persuadido de que aquel hombre cumpliría al pie de la letra su amenaza a la menor palabra que hablase, se propuso guardar el más profundo silencio, y le vio marcharse, sin atreverse a despegar los labios.

Clotilde, que haciendo un esfuerzo había apresurado el paso para llegar a la capilla, temiendo que se hubiesen encontrado en ella don Emilio y Leopoldo, quedó tranquila al ver que se había engañado, y corrió al lado de Inés, contenta de ver alejarse a Duval, y sin comprender lo que había pasado.

Don Emilio, que no había advertido la sorpresa operada en su amigo don Manuel y en Duval al encontrarse, presentó al primero a su querida expósita, mientras el segundo, habiendo marchado al encuentro del doctor, trataba en voz baja algún asunto que, como todos los que salían de ellos, no podían llevar más que el mal y la desolación.

Núñez, al menos, lo creyó al verlos juntos, y ya que no le era posible revelar el secreto de Duval, porque temía la muerte de Ricardo, se propuso al menos vigilar, para defender a Clotilde y a su antiguo principal de cualquier golpe dispuesto por Willey y Duval.

CAPITULO XXIV

Concluyen los sucesos del Molino de Flores

—¿Ese es el hombre a quien destinabas la mano de tu protegida?—preguntó don Manuel no bien vió alejarse a Duval.

—El mismo.

—El cielo me ha traído para salvarla.

—¡Cómo!

Inés y Clotilde se miraron asombradas.

—¿Sabes tú quién es?

—Ignoro su nacimiento; pero es un amigo a quien debo singulares favores. ¿Pero le conoces tú acaso?

—¿Yo?

—Sí; ¿quién es?

—Es...

Núñez, que temblaba por la vida de Ricardo, se acercó por detrás a su antiguo principal, y le dijo en voz baja:

—No descubra usted nada, porque corre peligro la existencia de un hombre.

A estas palabras don Manuel se detuvo.

Don Emilio, que esperaba impaciente la contestación, preguntó al verle que titubeaba:

—¿Quién es?, acaba.

El anciano, buscando una causa justa que supliese a la que iba a exponer, contestó:

—Es el fomentador del vicio del juego: el origen de la corrupción de mil jóvenes honrados como mi desgraciado hijo, y la causa de las lágrimas y miseria de mil familias arruinadas.

—Pero él, en lo particular, es un hombre inofensivo, de conducta irreprochable.

—Sin embargo...

Don Manuel iba a continuar, pero se detuvo a una seña que le hizo Núñez.

—Vamos, veo que la muerte de tu hijo te hace hablar con justa causa, de esa manera.

—¡Oh!, sí —exclamó el anciano con profundo dolor—. El hombre que tiene un establecimiento público del vicio, escuela de la deshonra, del fraude, de la desesperación y del escándalo, no es digno de la mano de un ángel.

Clotilde le envió una mirada de gratitud.

—Bien; ya trataremos de este asunto en otro sitio, y más despacio. Por ahora te suplico que nos acompañes a almorzar, lo mismo que le ruego a usted, señor Núñez, para que después continuemos viendo lo que aun nos falta que recorrer.

Clotilde quedó gratamente sorprendida de ver la atenta manera con que don Emilio invitaba a que almorzaran con ellos, y dirigió una mirada interrogatoria a su protectora Inés, la cual, por toda respuesta, le apretó la mano, manifestando con su rostro la más intensa alegría.

No le sorprendió menos a Núñez aquel convite, puesto que ignoraba el diálogo que habían tenido antes de su llegada su antiguo principal y el señor Landeta.

—Admito con gusto el obsequio —dijo don Manuel—; porque así podré disfrutar de la compañía de un excelente amigo, de la de estas apreciables señoritas, y de la de mi querido Núñez.

—Pues esperaremos al doctor y al señor Duval, que aquí llegan ya, para dirigirnos a la glorieta principal, donde nos esperan los criados con el almuerzo.

Núñez, que veía acercarse a Duval y que temía cualquiera palabra de don Manuel que comprometiese la vida del preso Ricardo, se acercó a su antiguo principal, y le dijo en voz baja:

—Le suplico a usted que nada diga por ahora de ese hombre.

—Pero ¿no es cierto —contestó don Manuel— que es el que cobró las libranzas?

—Sí.

—No me había engañado.

—Pero conviene guardar silencio.

—¿Por qué?

—Porque corre peligro la vida de un hombre honrado, que gime preso en su poder.

—Pero...

—Silencio, que aquí llega: después hablaremos, y le explicaré a usted este asunto.

Y Núñez, antes de que llegasen Duval y Willey, se separó de don Manuel, y se acercó a Inés y Clotilde, que le recibieron con la más pura alegría.

—¿Y Leopoldo?—le preguntó Inés, conociendo que Clotilde estaba impaciente por saber de él.

—Salió esta mañana para México, porque le esperaba, afligida, su anciana madre.

Clotilde vió desaparecer la esperanza que poco antes ha-

bía acariciado, de que podría hallarse en aquel sitio, y quedó triste.

—¿Y usted se ha quedado por algún asunto importante?

—Sí; tengo que desempeñar un asunto que me confió al marchar.

—¿El?—se atrevió a preguntar Clotilde.

—Sí, señorita; y al mismo tiempo me encargó que saludase a ustedes de su parte.

—Le agradecemos infinito la atención.

Núñez iba a contestar, pero la presencia de Willey y Duval, que entraban en aquel momento, le hizo guardar silencio.

—Señores —exclamó don Emilio—: puesto que ya estamos todos, marchemos al sitio en que nos espera el almuerzo, y después recorreremos lo que nos falta de esta deliciosa mansión.

Duval fijó la vista en el semblante de don Emilio, para ver si notaba algún cambio desfavorable en él, y su ojo perspicaz y observador le hizo conocer que nada sabía.

Tranquilo con esto, y tratando de disimular a los ojos de don Manuel el disgusto que le causaba su presencia, exclamó con aire jovial:

—Sí, sí; me adhiero al pensamiento del señor Landeta; marchemos a almorzar, que tiempo tenemos después para gozar de las vistas de este poético sitio.

Y luego, acercándose a Núñez, le dijo en voz baja:

—Veo que ha sido usted prudente; pero no olvide usted que, si ese hombre me ha llegado a conocer y me descubre, Ricardo, el amante de Inés y padre de Clotilde, morirá.

Y se volvió al lado de don Emilio, manifestando el mismo humor alegre y placentero.

—No nos detengamos, pues —dijo Landeta—. Tú, amigo Manuel, da el brazo a mi querida hija, y usted, señor Núñez, a Inés, ya que hemos tenido el gusto de encontrar a ustedes en este sitio.

Y todos, en grata y animada conversación, se dirigieron a la gran glorieta, a donde llegaron a los pocos instantes.

En tanto que los criados servían el almuerzo y que todos se entregaban a la alegría que inspira una comida en el campo, un hombre, con los brazos cruzados, la cabeza inclinada sobre el pecho, con la mirada fija en el suelo, caminando despacio y en actitud meditabunda, bajaba de la colina en que se encuentra la capilla, y se detuvo debajo de un árbol que se elevaba a orillas de un profundo precipicio.

Al llegar allí, se quitó el sombrero de anchas alas que llevaba y se enjugó el sudor.

La distancia y los arbustos que crecían en aquel sitio impedían que las personas que ocupaban la gloriata, fijasen la atención en aquel solitario personaje.

Era un hombre como de cuarenta años, de buena estatura y sueltos músculos, pero en cuya fisonomía los pesares y los trabajos habían dejado una huella que aumentaba diez años más su edad.

En su rostro, blanco y de agradables facciones, pero macilento y enjuto, y adornado de espesa, aunque desaliñada barba, se notaba un tinte sombrío, que infundía compasión y terror: en sus ojos se descubría una mirada inquieta y vaga, que indicaba intranquilidad y abatimiento; en su mano izquierda tenía, con negligencia, el sombrero que se había quitado, mientras con la derecha levantaba a cada instante el largo cabello, que lo echaba detrás de las orejas, dejando despejada la frente para que las brisas que venían besando las linfas del torrente, la refrescasen al pasar.

Después de permanecer largo rato en aquella actitud meditabunda, se aproximó al borde de las peñas, y fijó su vista en el fondo del precipicio, inclinó el cuerpo hacia él, y se sonrió satánicamente.

Parecía que la idea del suicidio le dominaba.

De repente su rostro se demudó, rechinó los dientes, sus ojos se inyectaron, arrojó el sombrero lejos de sí, volvió a medir con la vista la profundidad, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, echó hacia atrás los brazos para dar impulso al cuerpo, dió el terrible paso...

—¡Teneos!—gritó a este mismo tiempo una voz detrás de él.

Aquel grito fué un golpe eléctrico que detuvo la ejecución de su criminal pensamiento.

Asustado y sorprendido, volvió la cabeza hacia donde aquél salía, y al descubrir a un hombre que se dirigía a donde estaba, echó a correr precipitadamente, y desapareció, seguido siempre del que impidió el suicidio.

La comida, entre tanto, había concluído, y don Manuel, dando el brazo a Clotilde, y don Emilio a Inés, porque Núñez se había propuesto copiar sobre el papel las vistas más interesantes, recorrían acompañados de Duval y Willey, los sitios que aun no habían visitado.

La naturaleza, más agradecida que el hombre, se afanaba en ostentar los hechizos con que la ha engalanado el

Eterno, siguiendo contenta el curso uniforme que el dedo de su Creador le ha trazado, mientras el segundo, rebelde muchas veces a los decretos del Altísimo, se subleva contra su propia existencia, y corta los días de ella despreñando el tesoro que le ha sido confiado.

Así había sucedido en aquel instante. En tanto que el hombre que vimos junto al árbol y en actitud reflexiva, meditando fría y criminalmente en poner término a su vida, todos los objetos de aquel delicioso recinto parecían elevar un himno de gracias al Sér Supremo, que se había dignado darles la existencia.

El sol empezaba a caminar hacia el ocaso, enviando sus tibios rayos sobre las aguas del torrente, que se tiñeron de púrpura y de grana.

Núñez se detuvo sobre lo más elevado de las colinas a contemplar el sorprendente espectáculo que presenta a los ojos del observador, la ausencia de ese globo de luz tan bello, y radiante en el límpido cielo de las regiones anfíbias.

Embebecido por el grandioso espectáculo que se descubría a su vista cautivando sus sentidos, no vió cuando se alejaron las personas en cuya compañía pasó las horas más preciosas de aquel día.

Poeta, pintor y entusiasta por las antigüedades de la patria, parecióle estar respirando el perfumado ambiente que en aquel mismo sitio aspiraban en época remota, los poderosos reyes de Texcoco.

Sentía el blando céfiro batir sus delicadas alas impregnadas de aromas, discurriendo blandamente por los ámbitos de aquel oasis delicioso, repitiendo en eco blando las sentidas trovas que el príncipe Netzahualcoyotl entonó bajo las sonantes ramas de los copudos árboles, cuyas verdes hojas, bañadas por los moribundos rayos del sol, remedaban brillantes grupos de preciosas esmeraldas.

A aumentar su poética ilusión contribuían los alegres y límpidos arroyos que discurrían por el pintoresco descenso, salpicando en su curso con sus transparentes gotas, las rosas y las plantas que escuchaban dulcemente su seductora armonía; el canto de las aves de brillante plumaje que, agitando sus pintadas alas, se despedían saltando de rama en rama del astro principal; las flores de esmaltado brillo y delicadas hojas, que, acariciadas por una brisa tenue y leda, oscilaban sobre el flexible tallo, remedando con vistosos grupos de fragantes exhalaciones, un rico tapiz guarnecido de carbunclos y de rubíes, y el

espumoso torrente que, precipitándose por entre las rocas, parecía una serpiente de esmaltada piel, que iba a esconderse entre la espuma de los arbustos y de los árboles.

Las últimas luces del crepúsculo iluminaban aquella sublime perspectiva que contemplaba absorto Núñez.

Era la vez primera que visitaba aquel sitio tan rico en recuerdos y en belleza.

La perspectiva que se extendía ante sus asombrados ojos, era un cuadro inimitable de sorprendente mérito hasta en sus más ligeros detalles, donde las escenas y los objetos se multiplicaban en armónica variedad, como los cambiantes de luz sobre la superficie de las aguas.

Nada más seductor para la imaginación fecunda en elevadas ideas como la de Núñez, que aquel sublime espectáculo que brotó de la mente de Dios, como un ligero átomo de su inmenso poder en la plenitud de su benevolencia.

Bajo sus plantas se desarrollaba una alfombra de fragantes flores que, mecidas por las auras, parecían pintadasavecillas que, agitando sus alas, descendían a mojar sus matizadas plumas en las ondas que murmurando se deslizaban por la profunda sima; a su frente, altísimas montañas, gigantes centinelas, cuyos elevados árboles, remedando los flotantes penachos de espléndidos guerreros, iban a esconderse en las nacaradas y oscilantes nubes; a la izquierda, bellísimas cascadas precipitándose espumosas en un lecho de esmeralda entre cortantes peñascos para dar vida a las plantas, como la abundante fuente brotada en la peña por la vara de Moisés, para saciar a los sedientos israelitas; a la derecha, y paseando la vista fuera del recinto, llanuras inmensas, remedando con sus vistosos sembrados, los pintados cuadros de un tablero de damas, extendiéndose por el horizonte hasta mezclar sus colores con los suaves y brillantes de sus indeterminados límites; y por doquiera, presas, remansos cobijados por enormes peñascos en forma de bóveda, extensos valles y multiplicadas colinas, que presentaban a la vista las pintorescas playas de un océano de verdura.

¡Oh!, querer descubrir la mezcla de sensaciones tiernas y profundas que el alma experimenta ante ese escondido edén, que compendia las bellezas del paraíso, es profanar el sentimiento, parodiar la sublimidad del espectáculo.

Núñez, semejante al primer hombre, se encontraba sólo en medio de los bellísimos objetos, extasiado de asombro y de placer.

El hombre que quiso suicidarse, volvió a aparecer mirando hacia todas partes, como burlando la vigilancia del que había impedido que cometiese el crimen.

Inés, Clotilde y los que con ellas iban, entretenidos en la conversación no habían notado la ausencia de Núñez.

Sólo Duval advirtió su falta.

Le había visto quedarse extasiado contemplando el espléndido paisaje y absorto en su belleza.

—Aun debe permanecer allí —pensó para sí—; nadie se acuerda en este instante de él; la opaca luz del expirante crepúsculo envuelve los objetos y puede favorecerme: sabe mi secreto: que el hombre de la barba larga que falsificó las libranzas y yo, no formamos más que un solo individuo; secreto que ni el mismo doctor conoce, porque confiárselo hubiera equivalido a repartir con él mi fortuna anterior a nuestra sociedad; ese joven, además, puede comunicarlo a su antiguo principal, porque no me cabe duda que ese anciano es don Manuel, la verdad del asunto; y lo que ahora, si es que mis facciones le han llamado la atención, no es más que una duda vaga que en nada puede perjudicarme, entonces sería una prueba que me conduciría al cadalso; no, su muerte es la única que me asegura del secreto; es preciso, pues, que muera.

Y al tomar esta resolución, su semblante se animó súbitamente con expresión satánica; en sus labios vagó una sonrisa de siniestro placer, se acercó misteriosamente a Willey, y llevándole a un lado, le dijo en voz baja algunas palabras que operaron un cambio repentino y de satisfacción en el rostro del doctor.

—Desde que me hirió y me desarmó como a usted —contestó Willey así que acabó de hablar Duval—, no anhelo más que vengarme.

—Pues la ocasión no puede ser más oportuna.

—Y estoy resuelto a no desperdiciarla.

—Todos sospecharán que él se ha arrojado, o se ha caído.

—Sí, es cierto: a la fortuna la pintan calva; y puesto que ahora se nos presenta favorable no la dejemos escapar.

—Pero al momento.

—Parto sin detenerme a ejecutar el pensamiento.

—¡Venganza!—dijo Duval.

—¡Venganza! —repitió el doctor—. Hoy la muerte de él, y mañana la deshonra de su amada Adela.

Y cautelosa y disimuladamente fué quedándose poco a

poco atrás, hasta que, notando que nadie fijaba la atención en él, se deslizó por entre los árboles, y protegido por la sombra que proyectaban, se dirigió rápidamente, y sin hacer el menor ruido, hacia donde creía encontrar a Núñez.

El pensamiento era acercarse a él sigilosamente y arrojarle al precipicio, donde el golpe y el agua acabasen con su vida.

—¡Allí está! — dijo Willey interiormente y halagado por la idea de la venganza al descubrir el bulto de un hombre, colocado al borde de la profunda sima.

Las sombras de la noche envolvían fantásticamente sus contornos.

Esto favorecía el criminal proyecto del doctor.

Podía aproximarse sin ser visto.

Para conseguirlo, se agachó cuanto le fué posible, y caminó casi arrastrándose por el suelo, cubierto por los arbustos y los rosales, hasta colocarse a diez pasos de su víctima.

Allí permaneció quieto algunos instantes.

De repente, y cuando el otro, puesto de espaldas hacia él, estaba muy lejos de sospechar que tan cerca se encontraba un asesino, salió del sitio en que se había detenido, avanzó sobre las puntas de los pies ahogando el ligero ruido de sus pasos el producido por las aguas del torrente, y ya cerca, se arrojó sobre él como un relámpago, le empujó con horrible fuerza por la espalda, y el desgraciado cayó arrojando un ¡ay! de muerte, que fué a expirar en el ruido de las ondas.

Willey, con la sonrisa del condenado que encuentra placer en el crimen y la venganza, marchó a reunirse con la comitiva a quien alcanzó antes que saliese de los jardines, por lo despacio que sus débiles fuerzas le permitían andar a Clotilde, y se acercó a su cómplice sin que nadie hubiese advertido su corta ausencia.

Duval, al verle, se acercó a él y le preguntó en secreto:

—¿Le encontró usted?

—Sí.

—¿Ha muerto?

—Ha muerto.

En el semblante de Duval se retrató el placer infernal de la venganza satisfecha.

Clotilde, apoyada en el brazo del antiguo principal de Núñez, hablando de Leopoldo, y alentada por el anciano en sus esperanzas, llegó al patio del molino, donde les esperaban los carruajes y los caballos.

—¿Y Núñez?—preguntó Inés al ir a montar en el coche y notar su falta.

—Se quedó atrás entretenido en contemplar el espectáculo de la naturaleza—contestó don Emilio.

—Pues le esperaremos—dijo la hermana de Landeta suspendiendo el subir al coche.

Duval y Willey hicieron alto.

Don Manuel se acercó a la entrada del sitio de recreo que acababan de dejar.

Todos le siguieron.

El sol se había ocultado completamente, y la sombra de los árboles, envolviendo en tinieblas aquel sitio, impedía ver los objetos a distancia larga.

La vista de cuantos allí esperaban se dirigió a distintos puntos para descubrir a Núñez, pero sólo alcanzaron a ver soledad y lobreguez.

Don Manuel se colocó entonces al lado de la presa, en una parte elevada, y llamó en alta voz a Núñez.

El eco del torrente respondió a aquella voz.

Atraídos por aquel imponente ruido, todos fijaron los ojos en el agua que bajaba con fuerza espantosa, y un grito de espanto y de terror se escapó a un tiempo de los labios de todos, a la vista de un objeto que flotaba en las ondas.

¡Era el cadáver de un hombre que desapareció a poco llevado por la corriente...!

—¡Núñez!—exclamaron a la vez cuantos allí estaban, y corriendo en dirección al torrente para ver si lograban salvarle.

Un criado del molino que acudió a los gritos, y que era excelente nadador, se arrojó al torrente, marchó nadando en la misma dirección del cuerpo que arrastraban las ondas, vió un bulto oscuro flotando aún sobre ellas.

Dió la última brazada que le faltaba para alcanzarle. La esperanza brilló en todos los semblantes, excepto en el de Duval y Willey.

El que nadaba tendió la mano para agarrarle del cabello.

Pero un gran tronco de árbol que llevaba la corriente, se interpuso entre ambos.

El tronco pasó en seguida con terrible ímpetu, por encima de la víctima.

El intrépido nadador salvó entonces la distancia para impedir que el cuerpo del desgraciado se sumergiese.

Pero la presión del tronco del árbol hizo que el cuerpo se hundiese por un momento.

El hombre que trataba de salvarle, esperó a que saliese a flor de agua para apoderarse de él.

El cuerpo, en efecto, volvió a aparecer; pero cuando el valiente nadador alargó la mano para asirlo, volvió a hundirse para siempre en el fondo del torrente.

Un grito de terror salió de los labios de Inés y de Clotilde, así como de los de Landeta y don Manuel, al ver sepultarse en el fondo de las aguas al desgraciado ser que un momento antes se esperó salvar.

Sólo Duval y Willey sintieron en el corazón el placer de los réprobos.

¡La recta mano de la justicia eterna apuntó un nuevo crimen en el libro de la humanidad, y el mundo contaba entre sus inocentes víctimas un cadáver más!



SEXTA PARTE

CAPITULO I

Un crimen lleva otro crimen

Era cuatro horas después del triste suceso acontecido en el Molino de Flores.

La noche estaba oscura y pavorosa.

Un coche, tirado por cuatro caballos, se dirigía a Texcoco, viniendo del rumbo del Molino de Flores.

Dentro de ese coche iban dos hermosas, tristes y en silencio.

Eran Inés y Clotilde.

Detrás de ese coche marchaban a caballo, y también sin pronunciar palabra, don Emilio, el doctor, Duval y los criados del primero.

En los rostros de todos estaba pintado el dolor, aunque en el corazón de Willey y Duval se albergaba la satisfacción de los condenados.

Don Manuel, el antiguo principal de Núñez, se había quedado en el Molino, con el objeto de que se sacase del torrente al siguiente día el cuerpo del desgraciado que había perecido, y hacer que lo condujesen a Texcoco, para darle digna y honrosa sepultura.

Inés, Clotilde y Landeta, que habían manifestado el mayor empeño porque le salvaran, permanecieron en el sitio de la catástrofe por más de dos horas, con la esperanza de que los criados del Molino que, provistos de hachones de brea y de largos palos, buscaban con éstos en el sitio en que se sumergió el cuerpo, diesen con éste, y sacasen al infeliz ahogado.

Pero todo fué inútil.